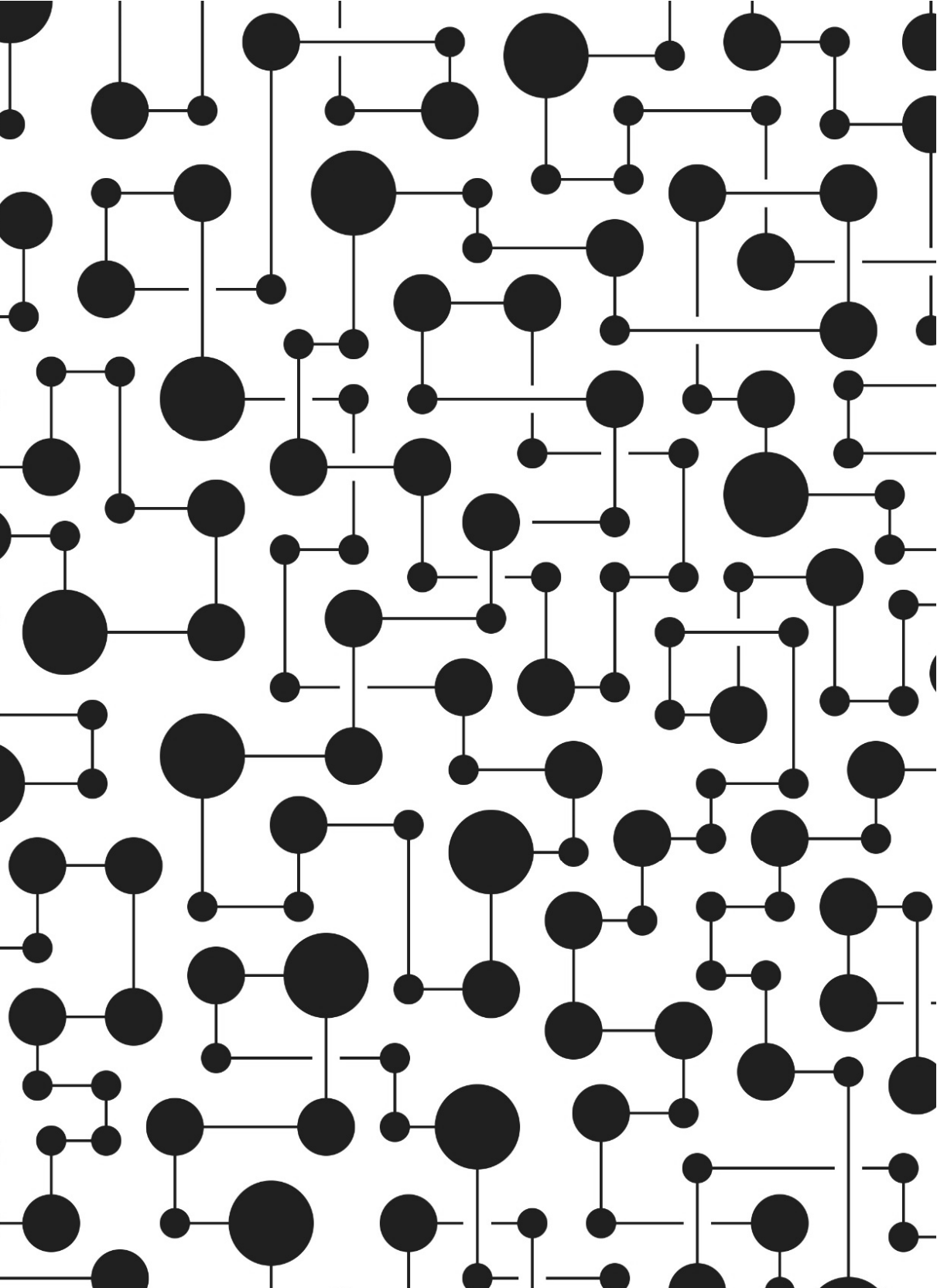

Jesús Andrades Fernández

Gladius et Peplum

El baluarte fronterizo

SAMARCANDA

Gladius et Peplum: El baluarte fronterizo

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Jesús Andrades Fernández
© Editorial Samarcanda

ISBN: 978-84-16953-81-3

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Cuesta del Rosario, 8 41004, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

Relación de personajes 7
La ciénaga 11
Conjura de cobardes 35
El murmillo 51
La flota britana 75
Con la ayuda de Tritón 101
El tablero de juego 119
Campamento de Invierno 145
Solos 175
Susurros de los árboles 203
El muro y el ariete 225
En las puertas de Hades 247
La atalaya abandonada 271
Una trampa de la naturaleza 293
Brillo en la oscuridad 319
Noches en blanco 347
Encrucijadas 379
El oppidum 407
El gladius ensangrentado 431
El panegírico 447
Notas del autor 473
Bibliografía 475

RELACIÓN DE PERSONAJES

Achlys: augur tracia y amante de Sexto Valerio.

Andros: soldado auxiliar de origen hispano.

Ásper: liberto al servicio del Legado.

Ayesha: (sólo mencionada) hermana menor de Lydia, esposa de Sexto Valerio.

Balaji: (sólo mencionado) agente comercial al servicio de Nasim y luego de Sexto Valerio.

Bestia: legionario de la *Legio V Alaudae.*

Blaz: (sólo mencionado) caudillo germano.

Calosio Domitio: Tribuno de la *Legio V Alaudae.*

Casio: *Optio* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Cedrick: caudillo militar germano al servicio de Eberhard y destacado miembro de la *Guardia Verde.*

Celio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Claudio: (como se conocerá comúnmente) emperador de Roma (41 -54 d. C).

Cneo Domicio Corbulón: personaje histórico: miembro de la clase senatorial y destacado militar en los tiempos de Claudio y Nerón.

Cneo Fabio Sabino: Tribuno de la *Legio V Alaudae* y líder directo de Sexto Valerio.

Cornelio Prisco: Prefecto de la cohorte auxiliar y amigo de Cneo Fabio Sabino.

Ditalkon: liberto al servicio de Sexto Valerio y marido de Risa.

Druso: legionario de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Eberhard: caudillo militar germano de renombre y cabeza de una heterogénea confederación de pueblos a su servicio.

Eduvigis: líder de un grupo de sacerdotisas-guerreras.

Évix: pirata de origen desconocido.

Fulvio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Gansa: marinero romano experimentado.

Geert: caudillo militar germano al servicio de Eberhard y destacado miembro de la *Guardia Verde.*

Heiner: caudillo militar germano e hijo de Eberhard.

Hugi: miembro de la *Guardia Verde*.

Isela: exploradora germana.

Julio Viptanio: reyezuelo del *oppidum* fronterizo.

Kalbo: soldado auxiliar de origen hispano.

Keil: caudillo militar germano.

Laico: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Legado: título de "gobernador" o "general" en época del Principado. En este caso, este título definirá al enemigo de Fabio.

Léntulo Apias: Prefecto administrativo del puerto de *Gesoriacum.*

Licinio Lúculo: médico de la *Legio V Alaudae*.

Lovis: soldado auxiliar de origen hispano.

Lucio Balbo: *signifer* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Lucio Quinctilio: Tribuno de la *Legio V Alaudae* y amigo de Cneo Fabio Sabino.

Luphias: *librarius* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Lydia: esposa de Sexto Valerio. Su origen es oriental.

Macro: legionario de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Valerio.

Maio Aquinas: germano-romano del *oppidum* fronterizo.

Marcelo Paulo: *Primus pilus* de la cohorte auxiliar hispana.

Marco Juno: Centurión de la *Legio V Alaudae*.

Mauro: (sólo mencionado) liberto de Sexto Valerio e hijo de Ditalkon y Risa.

Musa: soldado auxiliar de origen hispano.

Nailah: (sólo mencionada) hermana mediana de Lydia, esposa de Sexto Valerio.

Nasim: (sólo mencionado) padre de Lydia, esposa de Sexto Valerio.

Nurto: legionario de la *Legio V Alaudae.*

Perdio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Publio Lino: desertor romano.

Quinto Servilio: Tribuno de la *Legio V Alaudae.*

Raskos: gladiador.

Risa: liberta al servicio de Sexto Valerio y esposa de Ditalkon.

Saturnino: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Sergio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Septimio Patérculo: Centurión de la *Legio V Alaudae*.

Sexto Valerio: *primus pilus* de la *Legio V Alaudae* y protagonista de la obra.

Silvano: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Silvia: hermana de Cneo Fabio Sabino.

Sixto: senador romano y esposo de Silvia.

Skelt: caudillo militar germano de origen dudoso y padre de Styrmir.

Sócrates: lobo amaestrado, mascota de Vesper y Macro.

Styrmir: caudillo militar germano de origen dudoso e hijo de Skelt.

Tiberio Claudio Narciso: liberto del emperador Claudio.

Trásea Quirino: Centurión de la *Legio V Alaudae*.

Ulpio: arquero auxiliar de origen oriental.

Vesper: *tesserarius* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Wigmar: caudillo militar germano al servicio de Eberhard y destacado miembro de la *Guardia Verde*.

LA CIÉNAGA

FRÍO. Su cuerpo lo percibía claramente por el contacto del aire helado con su piel. Sus brazos desnudos, en especial, se resentían, pero no por ello dejaba de orar. Tenía las manos en posición oferente, pero cerradas con un objeto en cada una, los ojos entreabiertos, la cabeza levemente alzada, el uniforme colocado al completo menos su casco, guardado un sirviente. Su *gladius*[1] y su *pugio*[2], fuera de sus fundas, estaban perfectamente alineados y colocados en el suelo, con las puntas hacia él. El *gladius* era de excelente metal. El mango, de una robusta aleación negra, se decoraba con una pequeña filigrana plateada, además de austeros símbolos geométricos también plateados. El *pugio* tenía una decoración a juego con la espada, tanto la funda, de corte sencillo, como la empuñadura. Nada perturbaba su oración a un extraño dios, uno de tantos. Lo hacía con la insistencia propia de un sacerdote en estado de trance, rozando la locura. Sin embargo, eso no le impedía fundirse con su entorno. Notaba la brisa, algo recortada por hayas, olmos y robles, junto con el sonido susurrante del contacto del viento con el espeso follaje de los árboles, el suelo húmedo y arcilloso, sobre el cual tenía hincadas las rodillas, el suave fluir de las cristalinas aguas del río que tenía enfrente, el rocío de la mañana y la bruma que siempre provocan ensoñaciones, las luces del sol que se alzaba lentamente por el horizonte, ocultado por un manto gris de nubes y el calor casi nulo que desprendía. Todo esto era muy diferente al clima que estaba acostumbrado en su tierra. No obstante, hacía ya muchos años que no la visitaba y su cuerpo se había adaptado con notable facilidad a las diferencias climáticas de cada provincia. La frontera germana no era una excepción.

Acabando sus oraciones, escuchó unas notas musicales que procedían de un tipo de flauta muy particular. Sabía quién tocaba aquella melodía, un tanto desasosegante y de acordes bárbaros como dirían algunos, pero apropiada para el momento: Andros, un problemático infante auxiliar romano. Pareció despertar de su

[1] *Gladius, gladii (plural):* espada corta de entre 40 y 48 centímetros de hoja.
[2] *Pugio:* daga de entre 30 y 35 centímetros de hoja.

evasión al mundo de las ideas, para volver de nuevo al mundo de las sombras. Ahora, con los ojos abiertos, terminó sus oraciones guardando el objeto que tenía en la mano derecha en su pequeño zurrón, y el que tenía en la otra se lo colgó del cuello y se lo introdujo en el interior de la túnica. Se puso en pie, se sacudió las rodillas y las grebas[3]. Pronunció la última palabra de su rezo, siempre susurrando, se enfundó el *pugio* y con el *gladius* en la mano miró al horizonte. Torció su cabeza hacia la izquierda y vio a Andros en la copa de un roble, todavía tocando la flauta con maestría. Sonrió y se dio la vuelta envainando el arma. La batalla era inminente y no podía esperar.

Sexto Valerio era el *primus pilus*[4] de la *Legio V Alaudae* (Germania Inferior). Había servido anteriormente en la *Legio XV Apollinaris* (Panonia), en la *Legio IX Hispana* (Panonia), en la *Legio X Fretensis* (Siria) y también en la *Legio VI Ferrata* (Judea).

De buena estatura, para ser romano, poseía unos penetrantes ojos castaños del mismo color que su pelo. Se trataba de un oficial de carrera y muy respetado. Buen soldado y un extraordinario centurión que se preocupaba por el bienestar de sus hombres, aunque mantenía ciertas distancias. Sus hombres sabían que era hispano, hábil diplomático, con grandes cualidades a la hora de dirigirse a cualquier tipo de persona, ganándose fácilmente su respeto, amistad y confianza. En una palabra, tenía carisma. También poseía conocimientos en arte y letras. Poco más. Hay mucha leyenda detrás de él que sus hombres de confianza no desmentían ni afirmaban.

Corría el quinto año del gobierno del César Claudio, año 799 *ab urbe condita*[5], y la frontera no estaba tranquila. Valerio se preguntó si ese sería su último día. Tras subir la pequeña colina que precedía al estuario del río donde oraba, pudo ver a varias unidades de infantería preparándose para la batalla en otra colina más alta y extensa. A medida que se acercaba, lo veía con más detenimiento: los centuriones y los *optii*[6] daban instrucciones precisas; los *signifer*[7] no habían llegado aún.

---

[3] Grebas: espinilleras metálicas que protegían del tobillo a la rodilla.

[4] *Primus pilus:* Primer centurión de la primera cohorte. Se trata del centurión más antiguo y prestigioso de la *Legio*. Era un individuo muy importante y respetado.

[5] Año 46 d.C.

[6] *Optio, optii (plural):* oficial menor, segundo del Centurión.

[7] *Signifer:* Portaestandartes.

Se estaba estableciendo el orden para las tropas. Pronto llegaría el enemigo, y no era tan educado como para esperar a que se organizasen. Ellos no lo harían. Las cohortes legionarias y auxiliares mantenían la disciplina y se alineaban según el orden preestablecido sin armar jaleo. Al mismo tiempo, las unidades auxiliares de segunda línea corrían de un lado a otro, provocando nerviosismo y caos. Mientras, en la parte superior de la colina, estaban los oficiales superiores dialogando animosamente entre ellos. Valerio se apresuraba para llegar hasta allí, al tiempo que llamaba a otros centuriones por su nombre, dándoles instrucciones precisas o parándose para aconsejar a algún soldado en particular u obsequiarle con algún gesto, para demostrarle la confianza que tenía depositada en él.

La oficialidad iba perfectamente preparada para el combate, con los yelmos en la mano. Sin embargo, no estaba la *Legio* al completo, por tanto tampoco la oficialía. El motivo por el que se encontraba partida en dos era por los ataques de los bárbaros a la frontera. En ese momento, constaba de un Prefecto y tres Tribunos. El resto de la *Legio* y los demás oficiales se encontraban más al sur en espera de un ataque, acantonados. Ataque que no se producía.

Se le había ordenado a una facción de la *Legio* bajo responsabilidad del segundo al mando, el Tribuno Cneo Fabio Sabino, comprobar los puestos avanzados del Norte, donde los pequeños fortines auxiliares tal vez no fueran suficientes para contener a las tropas enemigas. Y menos mal, porque la conclusión de la expedición había sido que ese sector, el menos fortificado y preparado para ello, iba a recibir un fuerte ataque. Tampoco tenían noticias de muchos de sus aliados germanos en esa región. Mala señal.

La incertidumbre y el temor se cernía entre la oficialía. Eso era peligroso: se podría contagiar a la tropa.

— Llega tarde, Centurión... — se quejó el Tribuno Fabio Sabino una vez llegado a la reunión de oficiales y sin apartar la vista del horizonte.
— Estaba con mis oraciones, *domine*[8], discúlpenme. — respondió tras hacer el saludo militar.

Los nombres de los asistentes, aparte de los dos mencionados, eran, por orden de antigüedad e importancia, el Tribuno Calosio Domitio y el Prefecto Cornelio Prisco. El Tribuno Lucio Quinctilio, segundo al mando de la expedición y Prefec-

[8] *Domine:* señor.

to temporal de la caballería, no estaba presente. También estaban allí todos los Centuriones principales; Marcelo Paulo y Marco Juno destacaban por encima del resto.

— Bien, *milites*[9], podemos comenzar. Nuestros batidores... — prosiguió Fabio.
— Con el debido respeto Tribuno, pero falta Quinctilio... — interrumpió Cornelio Prisco.
— Todavía no se ha recuperado de la enfermedad que le corroe. — explicó. — ¿Cuál es la moral de la tropa?
— Incertidumbre, *domine*. Esperan un ejemplo a seguir por parte de los oficiales. — aconsejó Valerio.
— ¿Y las otras Cohortes[10]?
— Están de acuerdo con la opinión de Valerio, *domine*. — respondió Marco Juno por los dos.
— Espero, por tanto, una actuación ejemplar de todos los presentes en esta reunión.

Todos afirmaron gravemente con la cabeza. Les resultó molesto que se les recordara que debían tener valor, pero era necesario. La intención del comentario era dejarles claro que si no cumplían con su deber, las consecuencias serían nefastas para sus carreras y para ellos mismos. Era más que conocida la severidad del Tribuno Cneo Fabio Sabino.

Paralelamente, los patricios[11] y ecuestres[12] eran vistos (y no sólo por sí mismos) como los más capaces para dirigir la guerra. No obstante, debían ganarse esa posición y respeto a base de prestigio, victorias y esfuerzos.

— Les expondré la situación. — prosiguió tras la pausa. — El enemigo ha acampado a menos de media jornada de aquí. Nuestros auxiliares han tenido éxito en las escaramuzas y en los ataques por sorpresa. Así se han vis-

---

9 *Milites:* soldados.

10 Unidad táctica principal del Principado. Constaba teóricamente de 480 hombres. La primera cohorte de cada Legio era el doble de grande. No obstante, esta cifra es variable teniendo en cuenta la merma en los combates o el reforzamiento con otras unidades.

11 Clase superior y dominante de Roma. Una élite muy limitada.

12 Clase inmediatamente posterior a los patricios, normalmente de mucho poder, riqueza e influencia. Incluía las élites locales de las provincias.

to forzados a desviar todos los efectivos que disponían hacia este punto. Por tanto, si quieren pasar, tendrán que luchar en campo abierto. No pueden esperar mucho más, apenas les quedan alimentos.

— ¿De cuántos hombres disponemos al fin? — preguntó Calosio Domitio que, como muchos jóvenes aristocráticos, no tenía mucho contacto con los hombres que dirigía.
— ¿Cuál es el cómputo final, Valerio? — se volvió hacia él.
— Las dos primeras cohortes legionarias bastante reducidas, mas otra auxiliar, unos cincuenta *equites*[13], varias unidades auxiliares irregulares y un manípulo[14] de reserva *domine*. En total unos 1350 hombres, pero hay que tener en cuenta que no todos combatirán cuerpo a cuerpo...
— ¿Y el enemigo? — volvió a preguntar.
— Según nuestros batidores, entre ellos mi hombre de confianza, y excelente contable, estima que no cree que lleguen a los 4000 hombres, *domime*. Sólo infantería.
— ¿Tenemos alguna posibilidad? Nuestra *Legio* no es de las mejores...
— Calosio Domitio, no es propio de tu linaje ese desánimo derrotista. — le reprochó Fabio. — Tengo un plan diseñado con Cornelio Prisco y Valerio que no puede fallar.
— Expón la estrategia a seguir. — aconsejó Cornelio Prisco.
— En la parte media de la colina donde forma nuestra infantería, esperaremos a que llegue el enemigo. A la izquierda la cohorte auxiliar, en el centro la primera cohorte y a la derecha la segunda cohorte.
— Pero no poseemos reservas...
— Es un riesgo que tendremos que correr. La única fuerza de reserva es el manípulo que nos han enviado desde el campamento base, que se empleará en caso de que se precise reforzar alguna posición amenazada.
— Vencer o morir en el intento... ¿Un repliegue táctico?
— Es tarde para hacerlo.
— Ya veo, no hay opción. — comentó en voz baja y cabizbajo Calosio Domitio.
— Tranquilos, está todo bajo control. Se trata de un ataque con radio de acción limitado. Por eso he elegido este punto, no nos pueden flanquear con facilidad, está demasiado escarpado. — hubo una expresión de asombro y duda en el rostro de Calosio Domitio.

---

[13] *Équites:* caballería romana.

[14] Manípulo: Unidad táctica compuesta, teóricamente, por 160 hombres (dos centurias de 80 hombres). Por tanto, cada cohorte tenía tres manípulos.

— ¿No sería más inteligente empezar el ataque desde la colina más cercana al río? — dudó Calosio Domitio.
— Si lo hiciéramos, es muy probable que el enemigo se negara a combatir en un terreno tan desfavorable. Con la disposición actual, combatimos teóricamente en igualdad de condiciones.
— Inteligente...
— Todas las opciones han sido barajadas. Sólo resta ejecutar.
— Te escuchamos, noble Tribuno. — aduló el joven Tribuno.
— Desde la posición en que se situarán ellos, podremos darle alcance con facilidad con nuestras *ballistae*[15], catapultas y arqueros. Sé que es poco ortodoxo, pero tenemos que aprovechar esta ventaja. Cornelio Prisco ha traído tres de ellas del campamento base y otras dos las ha fabricado aquí mismo. Es un experto en el tema. Será desmoralizante para el enemigo, que no cuenta con medios para responder. Después le tocará el turno a nuestra infantería. La cohorte central irá un poco más retrasada con el fin de atraer más hombres al centro para que las cohortes de los flancos puedan rodearlos con mayor facilidad. Finalmente, yo dirigiré la caballería por nuestra izquierda, en un punto oculto a sus ojos por el cual podemos atacar y arrollar al enemigo. Iniciada la batalla, avanzaré en el momento preciso, buscando el desconcierto de las tropas enemigas, que deberían batirse en retirada. Si esto no ocurriera, me replegaría por donde habíamos venido y nos colocaríamos tras la infantería. Tras nuestra huida, sería reubicado el armamento de largo alcance para hacerles blanco mientras nuestras tropas aguantan la embestida. En cuanto comience el repliegue, el acoso será despiadado, y teniendo en cuenta lo fangoso que es el estuario del río, les costaría avanzar...
— Y a nosotros también. — puntualizó Cornelio Prisco.
— La diferencia es que nosotros hemos obtenido la victoria y sólo la estamos explotando. Ellos buscarán salvar la vida.
— Es tremendamente arriesgado, pero podría dar resultado. — apoyó Calosio Domitio.
— Si alguno tiene una idea mejor, soy todo oídos. La retirada no es una opción. — no hubo respuesta. — Entonces, sólo me queda indicar las posiciones de cada uno. Como es evidente, Marcelo Paulo en el flanco izquierdo, en el centro Sexto Valerio y en el derecho, Marco Juno. Eso en cuanto a los Centuriones de primera línea. El coordinador de la operación en reta-

[15] *Ballistae:* arma de asedio parecida a una gran ballesta que podía disparar grandes dardos, jabalinas e incluso piedras.

guardia será Cornelio Prisco. Calosio Domitio vigilará el flanco derecho y tendrá el mando directo de las tropas de reserva.

— Calosio Domitio tiene mayor rango que yo... — reprochó suavemente Cornelio Prisco.

— No obstante, has sido quien ha proyectado la operación y eres un matemático excelente. Eres el hombre ideal para dirigir esta operación. — contestó de manera tranquila pero visiblemente molesto el Tribuno Fabio Sabino.

— ¡No es justo! ¡El Legado no lo aprobaría...! ¡Un Prefecto[16] auxiliar comandando un ataque en vez de un Tribuno! — prosiguió la queja el otro Tribuno al ver la queja que había iniciado su compañero de armas.

— ¡Cuidado, joven Tribuno! ¡Que tu familia sea ecuestre, no implica que tengas inmunidad! Si vuelves a cuestionar mi autoridad, mandaré que te corten la cabeza y la claven en la puerta principal del Cardo Máximo[17].

— Discúlpale, Fabio, somos jóvenes e impulsivos. Sabes que queremos jalonarnos nuestro *cursus honorum*[18]. — disuadió Cornelio Prisco ante el cariz que estaba tomando la conversación.

En ese momento una pequeña turba de auxiliares apareció sobre la colina. No iban uniformados, a diferencia de la amplia mayoría de los hombres que componían el campamento, los cuales tenían ciertos elementos comunes en su atuendo.

El armamento de este grupo era ligero: jabalinas, hondas, arcos y espadas cortas. Portaban armaduras de lino o cuero, algunos con yelmo ligero como protección adicional, aunque la mayoría ni siquiera eso. El Tribuno los empleaba habitualmente para las escaramuzas, donde mejor partido podía sacarse de ellos. Uno de ellos venía seriamente herido en su espalda, sostenido por dos compañeros.

Estos soldados eran *velites*[19], clientes[20] del Tribuno Cneo Fabio Sabino, y *numerii*[21], que conocían muy bien cómo combatir contra otros germanos. Los últimos

---

[16] Prefecto: oficial romano que mandaba sobre una cohorte auxiliar.

[17] Cardo Máximo: calle con orientación Norte-Sur. El Decumano determina el Este-Oeste.

[18] *Cursus honorum:* carrera político-militar.

[19] *Vélites*: infantería ligera romana. En época imperial eran poco usado, en favor de los auxiliares.

[20] Clientes: individuo de rango socioeconómico inferior que se ponía bajo el patrocinio de un patrón de mayor poder socioeconómico.

[21] *Numerii*: aliados de los romanos reclutados entre la población local para ayudar en las operaciones. Acabado el conflicto, retornan a sus hogares.

en llegar después de escaramucear al enemigo. La llegada de estos guerrilleros presagiaba la inminente aparición del contingente germano. Un aliado local los guió por las posiciones enemigas en la frontera. Junto con algunos auxiliares, se les había mandado hostigar la vanguardia enemiga y minar la moral de la tropa. Se sabía perfectamente que el estado de ánimo de los soldados era vital en la batalla, y aún más en las condiciones de desventaja en las que se encontraban. Con un gesto con la cabeza, todos se dispersaron, cada uno hacia su puesto, no sin antes despedirse y darse ánimos con presteza. Los centuriones bajaron juntos, pasando junto a las máquinas de asedio, con poca excitación todavía, ya que eran sólo los prolegómenos de la batalla. Mientras conversaban, varios legionarios escogidos ponían a punto *ballistae* y catapultas. Tensaban las cuerdas, preparaban el óleo, asentaban la base de los artefactos... Los arqueros auxiliares estaban justo detrás de la última línea de infantería, los arcos en la mano, y los carcajes repletos de flechas. Todo estaba dispuesto atrás.

— ¿Creéis en la victoria? — preguntó Marco Juno caminando raudo junto con sus compañeros de armas.
— ¿Tú no? De peores hemos salido. — respondió Valerio seguro y tranquilo.
— Es verdad que hemos salido de peores, pero conseguir la victoria...
— También contamos con los soldados más veteranos de la *Legio* y con los auxiliares de Marcelo. — ignoró el comentario derrotista.
— Creía que te olvidabas de nosotros. — bromeó Marcelo Paulo.
— Hemos combatido en varias ocasiones codo con codo para saber la valía de tus hombres.
— Y el que casi la mitad de mis hombres sean hispanos no tiene nada que ver... ¿verdad? — volvió a bromear.
— Es un punto a favor. — sonrió Valerio. — Aunque no el único.
— ¡Claro que no! También tengo galos, como yo, algunos ligures[22] y arqueros de varios puntos de oriente.
— ¿Crees que conseguiremos algo de botín? — cuestionó interesado Marco Juno.
— Además de armamento, ropa y pieles, puede que algo de orfebrería, algún idolillo de piedra y con suerte algo de metal precioso en los jefes principales y caudillos de las tribus.
— Espero que más que la última vez...

[22] Liguria: región de la Italia noroccidental que limita con Francia.

— Si hacemos prisioneros podemos obtener beneficio con los mercaderes de esclavos.
— Lo único que espero es que no se nos ahoguen en el río huyendo como cobardes...
— Si salimos indemnes de esta, ya será mucho...
— Pero no has dicho que...
— Sé lo que he dicho, pero sólo hay dos cosas ciertas en este mundo: una es que la suerte es decisiva, y otra es que los dioses han decidido nuestro destino.
— Pues espero que decidan que los bárbaros se rindan en masa.
— Esperemos que así sea, por Júpiter. — dijo Valerio entre risas.
— Pero lo peor de todo es que no podremos disfrutar de sus mujeres. — comentó Marcelo Paulo, siempre buscando satisfacer sus más bajos instintos.
— Sí, parece ser que se encuentran alejadas de aquí. A un par de jornadas. No creo que veamos ninguna. Te tendrás que esperar a que volvamos a *Vetera*[23] o a que consigas un permiso. — aclaró Marco Juno con su habitual toque puntilloso.
— No creo que pueda aguantar tanto sin probar una mujer.
— A todo se hace uno.
— Bien, compañeros, aquí hemos de separarnos. — dijo el *primus pilus* en cuanto se le acercó Ditalkon, su sirviente, y le dio su casco. — Nos veremos en el estuario del río.
— Que Marte y Ceres te protejan. — exclamó Marco Juno tras el saludo militar.
— Y a vosotros.

...El *primus pilus* paseaba con calma entre los hombres al tiempo que se iba poniendo el yelmo con su distintiva cresta transversal. Todos tenían temor y unas enormes ganas de entrar en combate a la vez. Numerosos sentimientos recorrían la cabeza de aquellos hombres, rudos y peligrosos. Representaban lo más bajo de la sociedad: los vicios, las supersticiones, la violencia, la crueldad... Pero también los engranajes de una maquinaria militar bien engrasada: el orden, la disciplina, la eficacia, la templanza en combate... El entrenamiento habitual y el liderazgo ejercido por los centuriones habían beneficiado una preparación para el combate excepcional. Además, la inmensa mayoría eran veteranos, experimentados y no se asustaban con facilidad. No se puede olvidar una intendencia efectiva, que

[23] Uno de los campamentos permanentes principales de las legiones de Germania. Actual Xanten-Birten.

permitía a los soldados estar avituallados de todo lo necesario. Mucho había que agradecer a los Tribunos Fabio Sabino y Lucio Quinctilio, cuyos contactos y su eficaz administración, minimizaban los problemas. Un tumulto desde el río provocó que la tropa se estremeciera. Cada vez se oía un poco más fuerte. Ya estaban llegando. Los nervios empezaron a emerger como era habitual entre los hombres. Nada nuevo. Con orgullo y la cabeza bien alta pasaba Valerio entre sus hombres. Hacía dieciocho años que servía en el ejército romano. Había vivido esto varias veces. Sentía que los ojos de todos sus hombres estaban fijos en él, que de él dependía la actuación de todos, y eso le gustaba. La responsabilidad le hacía crecerse, esforzarse para no ser una deshonra para la *Legio*, la familia, los dioses y Roma misma. Su actitud altiva y flemática durante gran parte de las batallas o escaramuzas daba valor y confianza a los hombres.

Así, llegó a la primera línea, donde Casio, el *optio* de su centuria, le esperaba con dos escudos: el de Valerio y el suyo propio. Llevaba varios años en otras *Legium* con él y era de confianza. Valerio había escogido varios hombres para seguir su misma trayectoria militar. Ninguno de esos hombres se negó a seguirle. Casio estaba entre sus favoritos.

— Informe de las tropas. — ordenó Valerio tras recibir el escudo.
— Están cruzando el río, Centurión. La tropa está dispuesta. Las tres primeras líneas tienen *pilum*[24]. Las otras tres he dispuesto que no los llevasen, como ordenaste. — respondió Casio tras el saludo militar.
— Perfecto. — hizo una pausa y miró a su alrededor. - ¿Y has intercalado a los novicios entre la primera y la segunda línea?
— Sí. De todas formas no son más de una veintena. Casi todos en la segunda cohorte.
— ¿Y los *signa*[25]? ¿Dónde están?
— Ahí vienen. — dijo señalando a su espalda.
— Entonces vete a la retaguardia, Casio.
— Centurión. — saludó militarmente y se retiró.

Con la llegada de los *signa*, las cohortes estaban listas para combatir. Valerio mantenía su rostro sereno pero no perdía detalle de todo lo que le rodeaba.

[24] *Pilum, pila (plural):* jabalina pesada muy eficaz.
[25] *Signum, signa (plural):* estandartes romanos con uno o varios discos en el mástil.

— Tú eres nuevo, ¿no? — preguntó al *signifer*, un joven de poco más de veinte años tras mirarlo de arriba a abajo.
— Sí, Centurión. — respondió nada más posar el mástil del estandarte en el suelo. En circunstancias normales, con la *Legio* al completo, no debería estar en una posición de tal relevancia.
— Sabes que te tendremos que reubicar cuando la ofensiva enemiga acabe.
— Lo sé, Centurión.
— Tu nombre. — dijo tras una larga pausa y darle la espalda.
— Lucio Balbo.
— Hispano por lo que veo. ¿De los Balbos de Gadir?
— Así es, Centurión. Aunque mi familia es de orden secundarío en cuanto a la clase privilegiada de Roma.
— Si lo hubieras sido, tu rango sería Tribuno y no *signifer*... ¿Tu primera batalla en campo abierto?
— Me temo que sí, Centurión.
— Pues entonces presta atención. En la última escaramuza mataron al anterior porque una lanza pasó por encima de mi escudo y terminó en su cuello. — se dio la vuelta hacia él tras el comentario e hizo una pausa para que lo asimilara. — No pierdas detalle de las líneas enemigas. Atento a mis órdenes. Mantente pegado a mí, a menos que caiga, en cuyo caso retrocede cuando el que tengas detrás pueda ocupar tu puesto.
— Comprendido, Centurión.
— No olvides que llevas uno de los emblemas de honor de nuestra centuria, nuestra cohorte, nuestra *Legio*.
— No le decepcionaré, *domine*.
— No lo hagas o sufrirás las consecuencias. — sentenció Valerio. — ¡Atención! ¡Las dos primeras líneas de combate, siéntense! — gritó e inmediatamente se ejecutó la orden.
— Centurión... ¿por qué ha ordenado eso?
— Para evitar que se lancen al combate antes de tiempo. Observa y aprende. El miedo siempre está al acecho, pero controlarlo y utilizarlo contra el enemigo puede marcar la diferencia entre derrota o victoria. Si te supera, estás perdido.
— No lo olvidaré, *domine*.

Los bárbaros decidieron organizarse en una formación típica: única y compacta. Empezaron, progresivamente, a formar en la primera colina. Por primera vez se estaban viendo las caras. Pero aún quedaba bastante para el choque entre los dos ejércitos. Una vez formados, los gritos e insultos inundaron el valle y

su eco retumbó por todos lados. A los romanos les estaba terminantemente prohibido hacerlo hasta el primer contacto. La experiencia de los legionarios les decía que dar gritos era la reacción natural al miedo. Ellos tenían autocontrol y ahogaban esa necesidad natural de expulsarlo. Guardaban el miedo para transformarlo en odio en la batalla. Con el tiempo, se dieron cuenta de que eso mostraba mayor disciplina y cooperación entre todos los soldados. Eso sin contar que al enemigo le atemorizaba el silencio. Eran numerosas bandas de bárbaros coaligados: marsos, bructeros, y queruscos entre otros. A distancia, se conformaba como una masa difusa de pieles, algo de hierro y madera de los escudos pintados en tonos ocres. Una masa temblorosa, hambrienta y que deseaba, tras numerosas refriegas sin ninguna importancia, un final fuese el que fuese. Valerio sabía que un soldado desesperado podía sacar fuerzas de donde fuera para obtener la victoria o replegarse a la mínima de cambio. Y eso sólo dependía de los primeros choques de la batalla, donde su intervención era extremadamente vital. La superioridad numérica de los bárbaros los favorecía: su gran número los hacía una masa lenta, vacilante y torpe. Por otro lado, un ataque por oleadas no les convenía porque Roma tendría todas las de vencer en el primer ataque y los soldados que huyesen podían contagiar al resto de la tropa. La única forma que tenían de vencer era arrollando al centro de la formación romana; pasar por encima de Valerio y sus hombres.

... El tiempo pasaba. Minutos como horas. La tropa se impacientaba, en especial el Prefecto Cornelio Prisco, que esperaba para dar la orden de disparar las catapultas y *ballistae*. Todos esperaban la orden del Tribuno Fabio, el cuál, aunque notaba las miradas de sus hombres sobre él, no dejaba de mirar al enemigo con una extraña sonrisa, montado sobre su semental blanco, en el flanco izquierdo romano, oculto a los ojos de los germanos, disfrutando la inminente victoria. Esta vez sería el principal oficial de la operación y quien se llevaría la gloria. Estaba totalmente convencido del éxito de la empresa, regocijándose cada segundo que pasaba como el culmen de su carrera militar hasta ahora. Desenfundó lentamente su hermosa espada, con la empuñadura realizada en nácar y lapislázuli, y bajó el brazo hacia a la panza de su caballo. Esperó unos segundos y con un rápido movimiento lo alzó. Acto seguido, el silencio sepulcral que había en la colina, se rompió al grito de ¡fuego! Y como si de una bandada de cuervos se tratase, una decena de objetos salieron al encuentro de los bárbaros que, inmovilizados por su formación y gran número, sólo pudieron cubrirse lo mejor que podían con sus

escudos. Pero no todos tenían. Los gritos anteriores cambiaron su tono a sorpresa, dolor, lamento y odio.

Vasijas con óleo, piedras o grandes dardos (los arqueros estaban casi fuera de alcance), lo mismo daba, los heridos se iban multiplicando y el pánico aumentando. Sólo las vasijas que iban encendidas eran más visibles, los otros objetos sólo se veían a corta distancia, ya que habían sido pintados de tal manera que se mimetizaban con el entorno. Pero, como muestra de valentía (rozando la temeridad y la locura), los jefes germanos contuvieron a las tropas para que aguantaran la posición durante un breve lapso de tiempo. En las dos primeras andanadas dispararon todas las máquinas a la vez. La tercera y la cuarta de forma alternativa: el armamento ligero antes y el más pesado después, para evitar una fatiga excesiva en los servidores. Cuando se disponían a lanzar la quinta, el ejército enemigo empezó a descender la colina en busca de la infantería romana gritando con mayor ferocidad. Tras esto, Fabio y su caballería se dispusieron para el flanqueo.

Ahora les tocó el turno a los arqueros. Algo más de cuarenta arqueros siríos, escitas y cretenses, entre otras naciones, muy profesionales y con experiencia. La cadencia de tiro media entre ellos era de trece flechas por minuto. Aunque las bajas serían relativamente insignificantes en principio, sí refrenaban la carrera de los germanos, hacían menos violento el choque con la infantería. Valerio entonces se adelantó dos pasos a la primera línea de combate, miró a derecha e izquierda con orgullo y empezó a decir con voz clara y fuerte:

— *Commilitones*[26], llegó el momento de expulsar a esos bárbaros de nuestra casa. Sé que no me decepcionareis. Recordad a vuestra familia, a vuestros dioses y antepasados, a vuestro hogar y por supuesto, recordad a quién defendéis: Roma. También debo recordaros que luchamos por la ofensa infringida a las *Legionis* de Varo[27]... ¡Somos el testigo de Germánico! ¡Adelante, legionarios, por la gloria de Roma!

Y desenfundó su hermoso *gladius*, comenzando la línea a avanzar en orden, lenta y silenciosamente. El primer contacto estaba a punto de ocurrir. La respiración de los soldados se aceleraba, su odio florecía y las ganas de combatir comenzaban a

[26] *Commilitones* se puede traducir como "camaradas".

[27] Publio Quintilio Varo, comandante en jefe de las legiones XVII, XVIII y XIX, que fueron masacradas en el bosque de Teutoburgo, en Germania por Arminio en el año 9 d. C. Fueron supuestamente vengadas por Germánico, sobrino del emperador Tiberio.

ser tremendamente intensas. Ése era el estado natural del hombre antes de la batalla. Luego todo es estímulo, preparación, instinto y suerte, que nunca se debe olvidar, pensó Valerio.

— Recuerda Balbo, no pierdas detalle. — aconsejó Valerio sin mirar atrás y sin dejar de marchar con el resto de la tropa.
— Estaré a la altura, Centurión. — respondió en un tono que mostraba su inmenso nerviosismo.
— ¡Alto! — ordenó. Acto seguido, la línea quedó fijada sobre una ligera elevación sobre el enemigo, lo que les beneficiaba. — ¡Prestos los *pila*! — Los otros oficiales menores repetían las órdenes y los demás ejecutaban. — ¡Ahora! — gritó tras una pausa.

Una andanada de *pila* se estrelló sobre la avanzadilla enemiga. Poco después le sucedió la segunda línea y, por último la tercera, por orden expresa de los oficiales. Fue la primera vez que se rompió el silencio en la batalla. Aunque las bajas de esta arma no eran considerables, entorpecían la carrera de los que seguían a los primeros que caían heridos, muertos o que simplemente se paraban.

También hay que tener en cuenta que era un arma de difícil extracción, una vez clavado en un escudo o en una armadura del tipo que fuera. En el caso de un escudo, una vez incrustado en él, lo inutilizaba, teniendo que abandonarlo su portador. Valerio utilizó su silbato. A continuación, los soldados desenfundaron sus *gladius* y todos juntos cargaron dando unos pocos pasos, y rompiendo, finalmente, el silencio sepulcral, aunque no berreaban tanto como sus enemigos; sabían que debían oír con nitidez el silbato de sus oficiales y ya había demasiado ruido en el campo de batalla como para escucharlo con claridad. Arremetieron con sus grandes escudos rectangulares, conteniendo el ataque enemigo para que no traspasara la primera línea. Funcionó, la línea se estabilizó y los combates comenzaron realmente tras una fuerte acometida. La expresión de Valerio cambió a una sonrisa malévola y dejando de aguantar el embiste con su escudo, golpeó al rival de enfrente con la parte inferior al tiempo que con su mano derecha le clavaba la espada en el estómago. Con gran rapidez volvió a refugiarse tras él. Otro enemigo, intentando alcanzarle con una lanza, había desprotegido su pecho. Giró violentamente el escudo hacia la izquierda al tiempo que acompañaba la mano derecha y volvía a clavar su arma, esta vez por el costado izquierdo enemigo. En su vuelta a la posición defensiva lanzó un mandoble sobre otro, provocándole un profundísimo corte en el antebrazo derecho. Tras esto, tocó su

silbato para el relevo de tropas. La primera línea se estaba cansando. Toda la operación se llevó a cabo en posición defensiva: escudos protegiendo de manera frontal y los *gladius* en la cintura. Así la primera línea retrocedió al tiempo que la segunda ocupaba su lugar en sólo unos pocos segundos y ganando terreno. Esto era posible debido a la formación a intervalos entre las líneas de soldados. En la segunda y tercera línea había mayor número de veteranos experimentados en los que Valerio confiaba porque los otros eran veteranos por tiempo de servicio, pero sin apenas experiencia en combate. En este día, el combate era prácticamente continuo: normalmente los enemigos entraban en contacto y después se replegaban unos pasos atrás profiriendo insultos y gestos obscenos; poco después volvían a entrar en contacto y durante otro intervalo de tiempo variable se volvían a separar. El ejército que menos soportase la presión y las bajas huiría, lo cual significaría el fin de la batalla y el principio de la matanza. Valerio dio un rápido vistazo al frente, al tiempo que no perdía detalle de sus hombres y del enemigo. Pudo percibir claramente que, pese a que estaban atacando a las tres cohortes principales, intentaban abrirse paso por el flanco derecho de Marco Juno. Los germanos no se habían dirigido al centro de la formación como había previsto el Tribuno Fabio. Era un momento confuso entre los oficiales porque, aunque la cohorte estaba aguantando valerosamente, la situación no podría continuar así mucho más. Había que hacer algo. El prefecto Cornelio Prisco tomó la determinación. Rápidamente reubicó la trayectoria de las máquinas, e igualmente a los arqueros, dando la orden de disparar sin contemplaciones. Calosio Domitio envió al manípulo de refuerzo al flanco derecho para evitar la huida y poder tener tropas de refresco. El momento era extremadamente delicado y crucial. Fue sólo una medida temporal. Si la caballería no hacía que los germanos pusieran pies en polvorosa, todo estaría perdido. El contacto del hierro con la madera u otro hierro era continuo en el frente, si no en una posición, en otra. Las bajas aumentaban progresivamente en ambos bandos. Los soldados romanos, aunque operando como una unidad táctica conjunta, velaban por sí mismos contra el enemigo de enfrente. El *primus pilus* ahora tenía dificultades con un fuerte germano de largas trenzas pelirrojas, con un hacha asida con las dos manos. Cada golpe del arma le desestabilizaba un poco más. Acabaría perdiendo el equilibrío con el tiempo a este paso. Cuando el bárbaro volvió a levantar el hacha para golpear, Valerio arremetió con la parte inferior de su escudo sobre la rodilla derecha enemiga, partiéndola instantáneamente mientras que clavó su espada sobre la base del cuello del enemigo, al tiempo que éste gritó como un condenado hasta que la

extrajo y retornó a la posición inicial. Tocó su silbato para que la tercera línea ocupase la vanguardia. Había bajado la guardia un instante cuando una lanza golpeó fuertemente su escudo por el lateral derecho, haciéndole caer al suelo. Su *gladius* cayó fuera del alcance de su mano. Entonces, intentó desenvainar su *pugio* pero, al llevarlo en la cadera derecha, era dificultoso. Además, tenía el escudo encima protegiéndole de los incesantes golpes de dos bárbaros: uno con una espada y otro con una lanza. Cuando por fin pudo desenfundar su daga, de dimensiones considerables, el de la lanza se subió en lo alto del escudo y levantó su arma para el golpe decisivo. Valerio sacó su brazo derecho y le cortó los tendones de Aquiles, cayendo indefectiblemente de espaldas chillando como un cerdo degollado. Pero su alegría duró poco, el otro le pisó la mano, y se disponía a decapitar a Valerio con su espada, cuando un *gladius* le atravesó el cuello con una rapidez asombrosa.

— ¡Arriba, Centurión! — gritó Lucio Balbo al tiempo que hacía molinetes con su arma y aguantaba el *signa* con su mano izquierda.

Todo había sucedido muy deprisa, lo cual no impidió una rápida reacción del oficial que, velozmente, retornó a su puesto, no sin antes hacerle un corte de manera transversal en la cara a uno que se estaba internando, valerosamente, en la fila, y rematar con la parte inferior de su escudo al que le había cortado los talones. Limpió su *pugio* con la capa y lo envainó mientras se guarecía con su escudo. El *signifer* le devolvió su *gladius,* recuperado del suelo. Tras el revés temporal, era el momento de intentar cambiar ese statu quo. Las líneas enemigas habían retrocedido una docena de pasos hacía unos instantes. Miró a sus hombres, muchos de confianza, guerreros valientes y experimentados, y miró el suelo, donde la sangre de los muertos y los heridos teñían sus pies de un color granate. Los de la siguiente fila sacaban a los heridos rápidamente y los llevaban a la retaguardia bajo las órdenes precisas de los *optii*.

Viendo esto, se encontró con un fuerte estado de turbación, examinó la situación y tomó una arriesgada decisión.

— ¡A formar! — ordenó con voz grave y fuerte, tras lo cual dio un largo silbido.

Y en menos de tres segundos la línea se estabilizó: una pared de escudos listos para actuar.

— ¡Ayudemos a la segunda cohorte! ¡Adelante!

Tras lo cual, avanzaron como si de un solo cuerpo se tratase. El objetivo era sencillo: formar un único frente en vez de tres. La reacción enemiga fue el desconcierto. Era como si los combates no hubiesen hecho mella en los romanos, y los enemigos retrocedieron asustados hasta que algunos se lanzaron temerariamente contra la línea y el resto les siguió. Así, la línea del frente se fijó y algunos de los germanos empezaron a vacilar.

... En esos instantes de duda en el frente, el Tribuno Fabio Sabino estaba con su caballería viendo impasible cómo la situación era en extremo delicada, sin ordenar nada pese a la súplica de sus decuriones[28]. Esperó unos segundos, sacó una *spatha*[29] que estaba enfundada en la silla del caballo y ordenó cargar. Cuando Cornelio Prisco los vio aparecer, dio la señal para que las armas arrojadizas que aún abrían fuego cesaran en su hostigamiento, mas los arqueros ya habían vaciado los carcajes. Los servidores de las armas de largo alcance estaban totalmente agotados y muchos se tiraron al suelo, exhaustos. Simultáneamente, el enemigo se vio acosado por el centro, al tiempo que por su retaguardia la caballería auxiliar romana empezó a barrer. Parecía como si el Tribuno estuviera esperando a que eso ocurriera. Había llegado al límite la espera. Entre las filas romanas también cundía el desconcierto, la duda y el temor. Pero no de forma tan patente como en el lado bárbaro, sólo un insignificante número de legionarios empezó a vacilar. Lo cual remediaron los *optii* con órdenes, bastonazos y serias amenazas. Pero las dudas sobre el resultado de la batalla cada vez provocaban mayor temor en los legionarios, pudiendo empezar las huidas en masa en cualquier momento.

La carga de caballería fue demoledora para el ánimo de los bárbaros. La sorpresa fue total y la oposición desorganizada e ineficaz. Ponía de manifiesto la superioridad romana en tácticas de combate. La carga atravesó totalmente la formación enemiga, provocando un caos monumental. Pero esto no fue suficiente como para que los germanos pusieran pies en polvorosa. Sólo los más jóvenes e inexpertos empezaron a huir, y en reducido número.

---

[28] Decurión: oficial de caballería que solía mandar sobre 30 équites.

[29] Spatha: espada de caballería muy parecida al *gladius*, un pie más larga y algo más estrecha. Su uso se generalizaría, tanto en caballería como en infantería a partir del siglo III.

— *Domine*, ¿qué hacemos? No ha tenido el efecto esperado... — preguntó confuso un Decurión una vez que atravesaron la posición de parte a parte y hubo reunido a todos los que lo habían logrado.
— ¡Volver a cargar! ¡Y sin piedad! — ordenó el Tribuno con la respiración acelerada, los ojos desorbitados, el ceño fruncido y mostrando furiosamente los dientes, babeando. — ¡Adelante!

Rehicieron filas y volvieron a la carga con ferocidad. Entonces la retaguardia enemiga, expectante a la reacción de la caballería, comenzó a huir despavorida, contagiando, de forma inmediata, al resto del ejército. Comprendieron finalmente que habían perdido la iniciativa, el arrojo y, sobre todo, la voluntad de vencer. Fue el final de la batalla y el principio de la masacre. Valerio y sus hombres sonrieron al ver cómo lo peor había pasado ya. Era el momento de explotar la victoria lo máximo posible. Intentó contenerlos para que no se precipitaran en la persecución y fueran emboscados. Dio órdenes precisas de avanzar manteniendo una línea más o menos estable. Aún así, algunos de los escogidos del *primus pilus* como Macro, Druso, Vesper o Fulvio, se adelantaron unos pasos sedientos de sangre y empezaron a matar sin medida alguna. Tanto es así que Vesper se colgó a la espalda su escudo y desenfundó su *pugio* para matar más y mejor con sus dos armas blancas. Algunos germanos, los menos, luchaban sin esperanza manteniendo la posición. Otros ofrecían una resistencia mínima mientras huían. La mayoría, en la huida, daban la espalda al enemigo, permitiendo ser asesinados vilmente. Así, el suelo de la colina se tiñó de sangre. Poco a poco, la furia inicial fue perdiendo empuje entre el cansancio y el retorno de la cordura, comenzando a capturar prisioneros en la parte alta de la última colina antes del río.

Una vez llegados a éste, las complicaciones aumentaron para las hordas enemigas. Algunos consiguieron pasarlo pertrechados, pero la verdad es que la mayoría dejó atrás parte o el total de su armamento y equipo. Una decena se ahogaron al caer al río bajo el peso de su equipamiento. Pese a que no era especialmente profundo ese brazo de agua (poco más de cinco palmos en su parte más honda), el pánico de los soldados por huir facilitaba este tipo de muertes absurdas. Por último, tras un intento desesperado de combate, las rendiciones en masa se sucedieron, lo que significó el fin de la matanza.

... Cuatro días después, por fin, todo había terminado realmente. Se había prolongado por la persecución de los que habían huido, que no eran pocos, además

de los rezagados. Por esto, se dispuso que el manípulo de reserva, que no había intervenido directamente en la batalla, las tres últimas centurias de la primera cohorte, la caballería y los *numerii*, persiguieran sin tregua al enemigo. La cohorte auxiliar de Marcelo Paulo y la segunda cohorte (la más castigada durante la batalla), se quedarían en el campamento base. Por último, las dos primeras centurias de la primera cohorte asegurarían el perímetro, abriéndose en abanico, en busca de los que se hubiesen escondido en las inmediaciones. El objetivo era explotar al máximo la victoria y provocar el mayor daño posible para que a los próximos que volvieran a intentar acercarse a la frontera supieran qué porvenir les esperaba. También se clavaron varias decenas de cabezas en picas, a lo largo del principal camino de la zona, y se crucificaron, en esa misma vía, a dos prisioneros por intento de evasión con sangre romana de por medio. Los romanos que dudaron en la batalla no fueron castigados, pero sí advertidos que la benevolencia del Tribuno Fabio no se repetiría. La tarea que quedaba era restablecer los puestos defensivos del *limes* y dar cuenta del resultado de la batalla, ya que los germanos se retiraron con ciertas prisas hacia el Este, abandonando los pequeños puestos fronterizos arrebatados a los romanos. Así, bien alzado el sol del cuarto día, el manípulo de reserva se encontraba en las inmediaciones del campamento base. Todo había vuelto a la normalidad: los legionarios hacían sus trabajos ordinarios, patrullas, y la burocracia estaba otra vez en plena actividad. La administración tenía ahora una importante labor a llevar a cabo: muertos y heridos de los dos bandos, botín de guerra, recursos alimentarios, establecer el *limes* de seguridad, reforzar los puestos de guardia... todo eso sin contar que había que informar al comandante de la *Legio*, al Legado provincial y a Roma. El hospital estaba colapsado por los numerosos heridos. Con el paso de los días habían disminuido el número de los mismos, para bien o para mal. Al menos, los que quedaban ya estaban estabilizados y controlados en su amplia mayoría. La sangre se pagaba con sangre. Hacía un sol radiante y limpio de nubes, perfecto para los hombres de origen mediterráneo en su mayoría. Por lo que Valerio y algunos hombres escogidos de su cohorte estaban con un *scriptorium*[30] repasando notas e informes de las tropas llegadas del frente al aire libre. Estos eran el *optio* Casio, el *tesserarius*[31] Vesper, el *librarius*[32] Luphias y los legionarios Macro, Fulvio, Silvano y Dru-

[30] *Scriptorium:* escritorio.

[31] *Tesserarius:* oficial menor, por debajo del *signifer,* llamado así por llevar una *tessera* con la contraseña del día.

[32] *Librarius:* oficial menor, por debajo del *tesserius.* Escribano menor.

so. El Centurión estaba sentado en una *sella*[33] junto a Luphias, que tomaba notas sin cesar. Uno hablaba, otro escribía. Casio y Vesper permanecían frente al *scriptorium*, con cara de pocos amigos, para mantener la cola y el orden. Macro, Fulvio, Silvano y Druso, sentados en el suelo más atrás, jugaban a los dados en su tiempo de descanso, sin perder detalle de lo que ocurría. No había una cola extensa, pero los legionarios y los oficiales menores que estaban en ella se impacientaban.

— ¡Centurión Valerio! ¡Centurión Valerio! ¡Tengo un mensaje para urgente! — gritó casi sin resuello un legionario que venía a carrera limpia.
— ¡A la cola! ¡Espera tu turno! — gruñó Vesper parándole con la mano derecha.
— ¡Esto no tiene espera! ¡Es un mensaje urgente del Centurión Septimio Patérculo!
— Por tu bien, más vale que sea realmente importante. — afirmó con aire soberbio Casio, al tiempo que cogía la tablilla de cera y se la entregaba a Valerio.
— Legionario, ¿has redactado tú la misiva? — preguntó tras leerlo detenidamente.
— No, Septimio Patérculo. Mis instrucciones eran entregárselo al *primus pilus*.
— Bien. — sonrió de una manera extraña, chasqueando los dedos señalando al grupo de legionario ociosos. — Vesper, dale agua mientras Druso y yo cogemos los caballos. Nos guiarás. Casio, te dejo a cargo de esto.
— Sin problemas, Centurión. — respondió el aludido, afirmando gravemente con la cabeza.

En un breve lapso de tiempo aparecieron con los caballos y, a galope tendido, salieron los tres del campamento. Cruzaron el valle, las colinas, vadearon el río y se internaron en el bosque por un sendero de tierra. Entonces, vieron gran cantidad de cuerpos insepultos de los enemigos. El hedor era extremadamente fuerte.

Avanzando al trote, vieron una carreta escoltada por media docena de legionarios. Contenía una parte del botín obtenido en la campaña. Se desviaron a la izquierda del camino y tras sortear numerosos árboles, vislumbraron una ciénaga nauseabunda. Se fueron acercando poco a poco hasta que sus ojos vieron con nitidez a una docena de legionarios con un número similar de germanos desarmados y sentados en círculo. Aunque dos figuras resaltaban sobre las demás: un

[33] *Sella:* silla.

Centurión romano y un germano de blancas trenzas, muy fornido y con numerosas cicatrices en sus brazos descubiertos. Se aproximaron los tres jinetes y bajándose de la montura, Valerio exclamó:

— ¿Qué ocurre aquí? ¡Exijo que se me informe!
— Con el debido respeto, he pedido a un oficial ecuestre. — rogó Septimio Patérculo al tiempo que saludaba militarmente.
— Si me mandaste la tablilla a mí es porque querías que yo viniera. Asumo la responsabilidad de lo que pase aquí.
— Se trata de este germano, *domine*. — prosiguió aliviado. Era lo que deseaba oír. — Afirma ser uno de los caudillos principales de las huestes vencidas en combate. Deseaba audiencia con alguien con autoridad en la *Legio*.
— ¿Y para esto me haces venir?
— También afirma tener información provechosa, pero que no dirá nada si no es aquí. Hemos intentado forzarlo, pero llevan ocultas dagas en sus ropajes, y si no cumplimos esta última voluntad, lucharán hasta la muerte. Pensé que era mejor dejarlos vivos para el desfile triunfal del Tribuno Fabio Sabino...
— Has hecho bien. — interrumpió. — ¿Hay alguien que hable su lengua?
— Si, ¡Duro!
— Pidió permiso para orinar hace un instante, volverá enseguida. — contestó un legionario.
— No importa. Lo haré yo mismo. Sé algo de las lenguas germanas. — expresó molesto Valerio.
— ¿*Domine*?
— Once años sirviendo en la frontera con los germanos y tracios. Antes, en otros lugares. Cuando uno lleva tantos años aquí, debería haber aprendido algo. — se mostró indignado. — *¿Qué desea un germano de Roma?* — preguntó en una de las lenguas germanas.

El Jefe de las trenzas blancas como la nieve, le miró con cara extrañada y arqueó ligeramente la ceja. En ese silencio, el *primus pilus* notó como sus fuertes brazos estaban en tensión y como mantenía un control total de los estímulos. Estaba claro que estaba pendiente de todo lo que le rodeaba por lo que, aunque no entendiera nada de lo que decían, lo intuía. Estaba bien entrado en los cincuenta años, por lo que estratagemas conocería más de mil. Tendría que estar atento.

— Curioso acento querusco. — respondió por fin el Jefe. — ¿realmente eres uno de los líderes? No te diferencias demasiado de tu compañero.
— Soy Sexto Valerio, mando directamente a los soldados más veteranos y soy un líder respetado de la Legio. Si no te parece suficiente, es lo que vas a tener que aceptar. — contestó hablando en la misma lengua. Los matices eran importantes, como solía ocurrir, pero lo principal es que se entendían.
— No deseaba ofenderte. Ya había oído tu nombre entre tu gente. Me alegra conocerte, aunque sea en tan funestas circunstancias.
— Abrevia los cumplidos, jefe de los germanos, tengo mucho que hacer.
— Puedo hacerte saber algo muy importante. Una traición.
— Prosigue.
— Antes de hablar, quiero pedirte a cambio unos favores.
— ¿Favores? ¿Tanto va a cambiar mi vida esta información que me va a obligar a recompensarte?
— Así es.
— Si es de mi agrado lo que tus labios profieran, ya veremos que puede hacer Roma por ti. — contestó tras un largo silencio debido a la seguridad de aquel bárbaro.
— Deseo que busques al último de mis hijos qué ha sobrevivido y que lo pongas bajo tu protección. También pido lo mismo para estos hombres y que me des una muerte honorable.
— Pides demasiado. Veré lo que puedo hacer.
— Sé que cumplirás con tu palabra. Si quieres que hable, te sugiero que nos alejemos algo. Hay demasiados oídos aquí.
— De acuerdo, pero deja tu daga.
— Es justo. — acto seguido, la tiró al suelo con rapidez. Casi era una espada corta.

Ambos se alejaron una docena de pasos y el germano habló durante un buen rato. Valerio frunció el ceño y se acarició babilla y labios con los dedos índice y pulgar. Cuando éste acabó de exponer todo lo que tenía que decir, le entregó algo. El Centurión lo examinó, lo guardó en su zurrón y afirmó gravemente con la cabeza, entonces dialogaron unos minutos y volvió a acercarse a los legionarios.

— Liberad a los jóvenes y matad a los viejos. — ordenó.
— Pero *domine*... — discrepó el otro Centurión.
— ¡He dado una orden! ¡Y que se haga de forma rápida y digna! — cuando los soldados fueron a cumplir su cometido, el jefe enemigo afirmó levemente con la cabeza. Se dejaron matar con las armas en la mano los mayores y a

los jóvenes se les dejó huir no sin antes quitarles todo lo que tuvieran de valor. — *Deseo saber tu nombre y tu pueblo*. — profirió de nuevo en lengua bárbara.

— *Skelt. Mi pueblo está muy alejado de aquí, a varias semanas de camino. Dudo que hayas oído su nombre... Has de saber que la avaricia y la soberbia nos llevó aquí creyendo en una victoria rápida y fácil. Habéis dado una justa derrota a este viejo*.

Valerio mostró una sonrisa triste, desenfundó su *pugio* y se dispuso a finalizar con la vida del bárbaro, quien no apartó la vista de sus ojos.

— Has vencido porque tienes el alma corrompida por el dolor y el odio. Se nota el fuego de la cólera en tus ojos. No tienes miedo a la muerte. Diría incluso que la deseas. — dijo Skelt con respeto.
— Yo soy un siervo de la muerte. — contestó tras lo cual le cortó el cuello, una vez que éste lo alzó, al tiempo que con su brazo lo aguantó para que no se desplomara. Después lo posó en el suelo lentamente, no sin cierta dificultad.
— Órdenes, domine. — pidió Druso a su espalda junto con el Centurión.
— Que seis hombres quemen a este hombre con todos los honores militares. Respetadlo, ha sido un rival digno. De los demás sacad todo el botín posible. Una vez acabado, retornad al campamento. Druso, quiero los nombres de todos estos legionarios. Y Patérculo, una palabra de lo sucedido aquí de alguno de tus hombres o de ti mismo, y os flagelaré a todos hasta la muerte para cerciorarme de que no volverá a ocurrir.
— Sí, domine, no será necesario. ¡Ya habéis oído! ¡Venga vamos! — contestó nervioso.
— Druso, vigila que mis órdenes se cumplen. Yo me voy al galope. Tengo mucho trabajo por delante...

Su favorito posó la mano sobre su *gladius*, tornando su mirada hostil y seria, ojo avizor mientras se cumplían las órdenes en un silencio sepulcral. Valerio montó de nuevo en su corcel y se fue al trote, apesadumbrado, algo perturbado...

CONJURA DE COBARDES

INCERTIDUMBRE. Era lo que sentía Valerio en su tienda cuando se acostó algo después de la puesta de sol. Estaba agotado tras varios días de intenso ajetreo. Pero no concilió con facilidad el sueño. Las rencillas internas romanas y la política eran lo que más temor le provocaba a cualquier oficial menor en tiempos de paz. Casi más que un motín. Al mismo tiempo, también tenía sus propios fantasmas que por la noche iban a visitarle en sus sueños. Sin embargo, el cansancio hizo que se durmiera en su tienda. Amaneciendo, en el duermevela, notó una cálida presencia a su espalda, delicada y tierna, que le daba seguridad aun sin saber quién era. Se giró lentamente y como si de una bella ninfa se tratara, encontró a Lydia, su mujer, tumbada bocabajo en su lecho. Las luces del amanecer acentuaban el blanco de la larga túnica que llevaba, al tiempo que realzaba el ligero moreno de su piel. Su barbilla se partía por un pequeño hoyuelo que su esposo adoraba. Su boca, con dientes casi parejos y labios suaves, delicados y ligeramente humedecidos. Su nariz de ligero contorno. Sus grandes ojos de color miel, de mirada intensa, destacaban con un brillo especial, casi acuoso. Su pelo largo, moreno y con rizos en sus puntas que se deslizaban con delicadeza por su espalda desnuda. Su figura, estilizada y en perfecta armonía. Una belleza sin par.

Una sensación de profundo bienestar inundó a Valerio. No recordaba la última vez que se sintió tan bien. Y por ello, una sonrisa de felicidad inundó su cara, al tiempo que sus ojos se humedecían levemente. Ella le devolvía la sonrisa y le miraba tiernamente.

— Hace tiempo que te esperaba. — susurró Valerio.
— He venido lo antes posible. Sabes que vengo menos de lo que querría. — explicó en el mismo tono.
— Te echo mucho de menos. Demasiado. Ha sido casi insoportable.
— Nos vemos el tiempo que nuestro Dios dispone.
— Y me siento perdido por ello.
— Sabes que cada cosa tiene un motivo para que suceda, aunque no sepamos por qué. El Dios Supremo tiene algo preparado para ti. Algo grande.

— Perdí toda ambición hace años.
— No se trata de ambición cariño, tienes todavía grandes cosas que hacer. No todo es riqueza y poder. ¿Cuántas veces hemos leído a los filósofos estoicos? No es más feliz el que más tiene, si no el que menos necesita. De ti dependen muchos.
— Sólo necesito encontrar la paz en mi alma, y a ti.
— A mí siempre me has tenido. Siempre he sido tuya, y siempre estaremos unidos. Pase lo que pase. La paz la conseguirás con el tiempo.
— ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no me dejas ir contigo? — expresó de manera sentida y con una lágrima furtiva recorriendo una de sus mejillas.
— Ya te lo he dicho, esposo mío, tu tarea no ha terminado. Recuerda que te quiero, y que siempre te querré. Ahora debo dejarte, te esperan.
— ¡No, por favor! ¡no te vayas!

Entonces le empujó suavemente el rostro en dirección contraria, viendo a Luphias, que estaba en la puerta de su tienda, aseado y con una tablilla de madera colgando del pecho. Volvió a girarse pero Lydia ya no estaba. ¿Había sido un sueño? ¿Una alucinación? ¿La había enviado el ente superior que les gobernaba? Se iba a volver loco con tantas preguntas de las que no podía obtener respuesta. Lo mejor era no intentar buscar explicación. En cualquier caso, no podía entender qué significaba aquello. Lydia hacía muchos años que había fallecido, pero él no la había olvidado. Era la única mujer de la que había estado profundamente enamorado. La tenía presente todos los días y muchas cosas de su vida cotidiana le recordaban a ella. Sólo en sus tareas ordinarias (la instrucción, durante las marchas o en el combate), podía obviarla con facilidad. Por ello era tan bueno en su profesión. Fuese lo que fuese, percibió el agradable aroma de su piel en la manta sobre la que estaba acostado y una cálida calma lo invadió, perdiendo la pesada sensación de incertidumbre que sentía.

Así pues, se levantó de su lecho y miró al legionario. Llevaba un rato meditando sobre qué podía ser, mientras éste permanecía en su puesto en silencio, en espera de que su *domine* dijera algo.

— Adelante, Luphias, adelante...
— Buenos días, Centurión. El Tribuno Fabio me ha pedido que en cuanto esté aseado, acuda a la tienda del Tribuno Lucio Quinctilio.
— Era de esperar. De acuerdo, ¿quién está ahí contigo?
— Macro, *domine*. — contestó.

— Busca a Ditalkon para que me ayude a vestirme. — se dirigió al legionario.
— En seguida.
— Y tú, Luphias, entra. Sólo tengo que beber agua... — ofreció Valerio al tiempo que se echaba un vaso.
— No, gracias.
— Siéntate, y dime ¿están las cifras fijadas?
— Más o menos sí.
— ¿Y el prisionero que te pedí que buscaras?
— No lo he encontrado aún. Pero falta poco. Hemos agrupado a los prisioneros por tribus. Calculo que me quedarán sólo media docena.
— No te demores.
— No, Centurión.
— Dame las tablillas. Luego te mandaré llamar. Espero que lo hayas encontrado entonces. Te puedes retirar. — saludó militarmente y desapareció por la entrada de la tienda al tiempo que Ditalkon aparecía.
— ¿Listo, *domine*? — preguntó, trayendo la palangana con agua caliente.
— No soy tu *domine*. Ya no...
— Para mí siempre lo ha sido, y siempre lo será. Tiene muy buen aspecto hoy.
— Alguien ha influido en mi estado de ánimo.
— Comprendo...

Minutos después, en la tienda del Tribuno Lucio Quinctilio, éste se encontraba sentado en una austera *sella* con las dos manos en la cara. Llevaba el uniforme de combate, aunque desarmado. No obstante, nada de esto se veía porque una gruesa manta le rodeaba el cuerpo. El frío se apoderaba de él. Respiraba con dificultad y tenía un aspecto mortecino: la tez blanca, los pómulos marcados y grandes ojeras.

Pese a ser un hombre de fuerte complexión, el tiempo y la dura vida militar habían hecho mella en él. Se trataba de un hombre maduro que parecía haber envejecido súbitamente. Pero sin duda, era la tisis la que estaba acabando con él. Mejoraba, empeoraba, mejoraba, empeoraba... así pasaba los días, deseando que su agonía acabase de una vez desde cinco meses atrás. Lástima que en Roma no se conociera la cura definitiva a la enfermedad. Contemplaba la rica decoración de su tienda, meditando sobre el valor de toda esa riqueza. De nada servía si su salud pendía de un hilo. Un legionario de confianza velaba constantemente por él para que no le faltara de nada. El propio Tribuno Fabio quería estar informado de

sus necesidades, con el fin de saber su estado diario mediante una segunda opinión. En ese momento, entró en la tienda y le tendió un vaso con caldo de verduras caliente. Se sentó con él para hacerle compañía. No sin antes dar instrucciones para impedir que nadie entrara. Sólo un soldado-esclavo oriental y los oficiales sabían del estado del Tribuno por deseo propio. Hasta el momento no había habido filtraciones de información.

— *Domine*, el Tribuno Cneo Fabio Sabino y el Centurión Sexto Valerio. — dijo el soldado oriental que guardaba la puerta.
— Que pasen. Les estaba esperando.

Entraron sin demora. Ambos estaban perfectamente aseados y uniformados, pero sin los yelmos, innecesarios una vez acabada la batalla. Parecía una reunión de oficiales para resolver temas administrativos. Ambos Tribunos se encargaban de la intendencia del campamento.

— Salve, Lucio Quinctilio. ¿Cómo te encuentras hoy? — saludó Fabio al tiempo que Valerio saludaba militarmente en silencio. No quería interrumpir.
— No muy bien, demasiado ajetreo en estos días.
— Ayer estabas mejor.
— Pero empeoré por la noche. Supongo que no vendréis sólo para hacerme una visita de cortesía, ¿no?
— Así es. — sonrió. — Nunca te ha gustado perder el tiempo.
— Flavio, trae algo de comer y vino. Luego retírate.

Sirvió vino para los dos oficiales en unos rústicos vasos de cerámica tras sentarse cada uno en una *sella* frente al anfitrión, formando un pequeño triángulo en el centro de la tienda. Puso un par de bandejas con pescado seco y pan. Una vez que se hubo marchado, los tres prosiguieron en su conversación.

— ¿No confías en él? — preguntó Fabio.
— En la *Legio* no te puedes fiar de nadie. — respondió Quinctilio.
— Pero si lo elegí yo. — dijo ofuscado.
— Por eso mismo. Uno no puede bajar la guardia. Ése es uno de los motivos por los que he vivido tantos años... ¿qué ha pasado?
— Intrigas políticas.

— Primero las cifras y luego pasemos al asunto. Así podremos alegar un motivo de reunión si se nos acusa de conspiración.
— ¿Hasta para una reunión hay que tener coartada?
— Ya te lo he dicho: si he vivido tantos años es precisamente por tomar todas las precauciones posibles. A ver, Valerio, bajas romanas a lo largo de todos estos últimos cinco días.
— 45 muertos y 128 heridos. De esos heridos, 37 tienen mutilaciones o han quedado inútiles para el servicio. Además de 6 ausentes, con seguridad, desertores. — contestó firmemente.
— Muy pocas.
— Licinio Lúculo, el médico principal del campamento, dice que ha habido mucha suerte. No ha llovido en varios días, clima suave, pocas infecciones y prácticamente ausencia de enfermedades. Asegura que, al menos, la mitad de los heridos vivirán seguro. Los otros están en manos de los Dioses. Casi una treintena han sufrido heridas leves y han vuelto ya al servicio.
— Sigue siendo un resultado excelente. ¿Bajas enemigas?
— El cómputo es aproximado. Posiblemente, casi dos millares de enemigos durante todo el día de la batalla. Los días sucesivos calculamos que unos 150 muertos más.
— ¿Prisioneros?
— 768 combatientes mas 39 mujeres y 24 niños que capturamos en un campamento enemigo a diez *miliarium*[34] al Noreste del campamento base. Los he puesto a buen recaudo para que la tropa no abuse de ellos. Nos saldrán más rentables si están indemnes.
— Inteligente decisión. ¿Cuántos han escapado?
— No sabría decir, pero dudo mucho que superen el millar. Eran más de lo esperado.
— Fabio, has alcanzado la mayor victoria de tu carrera. Puede significar tu ansiado ascenso o el principio de tu fin.
— ¿Por qué dices eso? — preguntó extrañado Fabio.
— Sé que, como miembro de clase patricia, se te ha negado una posición militar que mereces por linaje y por méritos. Pero la astucia es tu mejor baza. No debes ofender ni al comandante ni al Legado provincial.
— Precisamente de ellos te quería hablar. Valerio tiene una información que nos interesa a todos.
— Habla, hijo mío.

[34] *Miliarium:* milla romana. Equivaldría a unos 1.481 metros aproximadamente.

— Ayer tuve un encuentro con uno de los caudillos que comandaban la expedición. — Valerio explicaba con tono atemorizado, casi como un niño contando una travesura. Todo esto le incomodaba. — Él me garantizó que, a cambio de una serie de favores, me daría esta información.
— Al grano, Centurión.
— Pues bien, me aseguró que un enviado del Legado de la Germania Inferior se encontró con los principales caudillos germanos a treinta *miliarium* de la frontera. Quería proponerle un acuerdo secreto que beneficiara a ambas partes.
— ¿Qué clase de acuerdo? — preguntó curioso y extrañado. Un acuerdo anterior al combate era síntoma de cobardía.
— Le proponía que atacara al Noreste de la frontera dejándole tres semanas para que saqueara a su gusto, tras las cuales llegaría como un salvador por haber restablecido el orden. Al mismo tiempo acababa con un oficial que le era molesto.
— No me termina de convencer... ¿Seguro que no era una estratagema de ese germano?

Acto seguido, Valerio sacó de su zurrón un objeto y lo posó sobre la mesa donde estaba la comida.

— Esto me lo dio el jefe germano.

Se trataba de una medalla honorífica de plata con el sello del Legado.

— ¿Por qué tenía una de éstas? — dudó Quinctilio.
— Como prueba de amistad, regaló medallas entre los caudillos que se mostraron leales, incluyendo una declaración de vasallaje a Roma y al propio Legado.
— Creo poco probable que entregara algo que le pudiese delatar.
— Sólo si estuviera totalmente convencido de la victoria germana y de que la derrota no era una opción.
— Y si estaba tan seguro, ¿por qué entonces fallaron en su tentativa?
— Muchos jefes estaban recelosos ante la actitud de Roma. Algunos de ellos decidieron actuar por libre. Pero los que atacaron más al Sur se acercaron demasiado a los fortines de avanzadilla de *Vetera*, teniendo que volver hacia el Norte y el Este. De eso se enteraron después de su derrota.
— ¿Por qué el Legado se decidió entonces a atacar?

— No tendría más remedio. Estaban demasiado cerca de su radio de acción y fuera del límite que les puso.
— ¿Y por qué no se han encontrado más medallas como ésa?
— Según el Jefe, los otros principales que aceptaron el pacto escaparon cuando vieron la batalla perdida. Es más, al perder el apoyo de los caudillos menores que fueron al Sur, decidieron quedarse atrás, sin participar de forma activa en la batalla.
— ¿Y él por qué no?
— Era de una lejana región y no pensaba dejar morir a sus hombres solos.
— Nada de esto tiene ningún sentido.
— Sabía de la popularidad de Fabio y las victorias de los últimos años en otras provincias. Aunque ha logrado que no tuvieran eco en los oídos del César y el Senado, las hazañas militares se han extendido entre la tropa. Más aún, los caucos han devastado las provincias germanas, y muchos de los supervivientes de los otros pueblos germanos que atacaron la frontera se han unido a ellos, y parece que Fabio es el único oficial con talento y renombre que hace algo para remediarlo.
— De acuerdo. Pongamos que todo esto es verdad. ¿Qué piensas hacer?
— Todavía no lo sé. Por eso he venido: a pedirte consejo. Aunque de lo que estoy seguro es de que no va a quedar impune de esta trama. — destacó Fabio tornando el tono de su voz colérico al tiempo que apretaba los puños.
— Sería un error hacerlo directamente. — contuvo Quinctilio.
— ¿Quieres que exponga el caso al César?
— Sería aún peor. El destierro sería lo mejor que te podría pasar, si no te matan antes.
— ¿Y por qué no me ha intentado matar?
— Supongo que es consciente de tu popularidad y no quiere granjearse el odio de la *Legio*; más aún si tiene aspiraciones políticas...
— Entonces...

Hizo una larga pausa, para reflexionar con profundidad. Silencio absoluto.

— Sólo hay una manera... — respondió finalmente.
— ¿Matarlo?
— Es demasiado pronto. Paciencia, aún no. Antes hay que atacar donde más le duele.
— ¿A la familia?
— No, muchacho. Eso significaría una lucha a muerte que se cobraría muchas vidas. Me refiero a un punto débil.

— ¿Y ese punto débil es...?
— Su orgullo. Utiliza tu popularidad contra él. Es tu mejor arma y con la que no podrá combatirte. Al mismo tiempo, te asegurará la supervivencia.
— Imagino que tienes un plan.
— Desde luego...

Acabada la reunión, Valerio salió más relajado. La solución planteada por Quinctilio podía ser efectiva, menos sangrienta y por supuesto, menos peligrosa que las alternativas planteadas por Fabio. Al menos en un primer momento. Sin quererlo, se había visto envuelto en esta trama en la que hubiera preferido no haber estado involucrado. Pero su oficial superior sabía que era un soldado leal, competente, respetado y discreto. Perfecto para sus pretensiones. Aunque ya habían adquirido amistad en varias campañas, enzarzarse en una lucha interna no le agradaba lo más mínimo. Quinctilio era un punto a favor. Muy bien relacionado, avispado y con gran capacidad para adaptarse a la situación. Un apoyo excelente. Además, el que fuese amigo íntimo de los restos de la familia de Fabio, aseguraba la lealtad, aunque directamente no se involucrara en los hechos.

No obstante, ahora poco podía hacer, excepto seguir ojo avizor y mantenerse despierto por si oía algo o por si el peligro acechaba. El Tribuno debía mover ficha. Pese a que, como dijo antes, no tenía aspiraciones, si todo salía bien podía aumentar su *status* social y el de sus favoritos. Se dirigió hacia la zona del campamento donde estaba emplazada su cohorte con paso firme y relajado. El sol estaba llegando al cenit y la temperatura era agradable. La actividad en el campamento se había vuelto más tranquila que en los últimos días. Los legionarios volvían a las actividades rutinarias: limpieza, vigilancia, reforzamiento las defensas del campamento, reparación del equipamiento,... Paseaba contemplando cómo todo volvía a la normalidad con una idea perturbadora en la cabeza: nada queda, todo pasa; nadie se acordará de los que hace días se han ido y ya no volverán jamás (excepto sus seres queridos), junto con los grandes sacrificios en pos del orden y la civilización. Pero así es la vida, un continuo devenir.

Encontró a Casio por el camino. Terminaba de dar órdenes concretas a unos soldados. Una vez que acabó, se dirigió a Valerio. Le informó de que Luphias seguía en el exterior del campamento, donde estaban agrupados los prisioneros y futuros esclavos.

Llegado allí, empezó la búsqueda entre las toscas jaulas de madera. El panorama era desolador: encerrados como animales, demacrados, sucios, maltratados en ocasiones y la misma mirada vacía en sus ojos. Eso sin contar con un repugnante hedor (no es que el campamento oliera a rosas, pero esto llegaba a niveles que hasta un cerdo daría arcadas). Pero lo que más sorprendía era el silencio inquebrantable de los prisioneros. Los legionarios se habían acostumbrado a ello. No obstante, a medida que se acercara el día de mercado, serían mejor cuidados para su venta. Muchos de ellos serían destinados a los más duros trabajos: las minas o las galeras.

Por otro lado, no es que los romanos fueran peor que sus enemigos; este tipo de brutalidades era relativamente común en la Antigüedad y en todos los pueblos en mayor o menor medida. Aún así, Valerio no podía evitar estremecerse al pasar por allí; hacía días, esos desechos, habían sido guerreros orgullosos que buscaban botín, seguros de la victoria. Paradojas del destino.

Tras un rato deambulando solo y sin mirar a ningún soldado, encontró a su hombre descansando con Macro, tumbados sobre un montón de paja un poco aparte.

— ¿Descansando, Luphias? — dijo Valerio con un tono mesurado.
— ¡Centurión! — expresó Macro con un sobresalto que puso a ambos de pie.
— Tranquilos, tranquilos. No pasa nada. — sonrió — ¿Tienes lo que te pedí?
— Así es. Ya lo he encontrado. — respondió al tiempo que tomaba unas tablillas. — Lo he separado del resto.
— ¿Hay alguien más de su pueblo?
— No, no ha habido más prisioneros. Por eso ha sido tan difícil.
— Veámoslo. Guíame.

Luphias lo guió entre aquellas jaulas al aire libre, señalando la última. Se encontraba relativamente cerca de la primera línea de árboles y estaba custodiada por un legionario. Era de pequeño tamaño, cabía una persona y con dificultad. Ese individuo era un hombre joven, de largos cabellos pelirrojos, de complexión fuerte y mirada turbadora. No podía negar el parecido con su padre. Sentado con manos y piernas cruzadas, tampoco perdía detalle de todo lo que le rodeaba. No tenía esa mirada vacía en sus ojos, ni tan mal aspecto como Valerio se había imaginado que tendría.

— Es tu día de suerte, legionario. Puedes irte. — ordenó una vez que estuvo a pocos pasos de él.

Una vez que se fue sin chistar, dio una pequeña vuelta entorno a la jaula. Hubo un cruce de miradas en las que vio el odio contenido.

— *He venido a hablarte.* — explicó en germano.
— *¿De qué tendría que hablar contigo?* — preguntó sereno y con arrogancia tras una larga pausa. Le extrañó que un oficial romano quisiera tener una conversación con un futuro esclavo.
— *De tu padre.*
— *Yo también me acuerdo del tuyo.* — respondió con una mirada irónica y que buscaba la provocación.
— *Skelt ¿verdad?*

Entonces se puso en pie y se agarró a los barrotes. Era muy alto, le podía sacar una cabeza o más a Valerio. Acto seguido se sentó conteniendo su cólera.

— Tu reacción te ha delatado. Aún así, tienes la sensatez de controlarte. Es peligroso ser el hijo de un jefe... Tu padre hizo un acuerdo conmigo. Si me ayudaba, yo le ayudaría. Me pidió que te pusiera bajo mi protección.
— ¿Y qué te hace pensar que quiero estar bajo tu protección? — contestó de manera lenta y parsimoniosa, sin mirarle.
— ¿Sabes qué destino te espera? Seguramente te mandarán a alguna de las minas de Hispania o Cartago, donde las condiciones son tan duras que la media de vida es inferior a tres años, o aún peor, a galeras donde la mayoría no dura ni un año.
— No tengo miedo a morir. Estoy muerto en vida.
— Veo que con mis palabras no voy a conseguir disuadirte. — explicó Valerio empezando a perder la paciencia tras un largo silencio y una vuelta alrededor de la jaula. — A ver si esto te hace cambiar de opinión.

Entonces le dio un collar de piedras pintadas, intercaladas con dientes de jabalí. El bárbaro lo miró con detenimiento durante un rato. Sus ojos se humedecieron muy levemente.

— No se lo quité. Me lo entregó para que te lo diera a ti en el caso de que no creyeras mis palabras.

— No termino de creérmelo. ¿Por qué haría mi padre un acuerdo contigo? — le recriminó sin mirarle y con una gran furia contenida.
— Para salvarte.
— No es propio de él.
— Eres su hijo. Quería proteger a los suyos. A su estirpe, y más aún en una guerra que no era realmente, la suya, según me contó.
— Bien, pero ha sido en vano. No voy a aceptar ser tu esclavo.
— Tu padre tenía razón: eres testarudo como un mulo. También me pidió que te dijera algo: "El guerrero sabio sólo combate cuando tiene la victoria asegurada".

Le miró entonces con una extraña expresión. Se acarició la barbilla y miró a su alrededor.

— Sí. Eso es propio de mi padre.
— Si me sirves bien, te libertaré pronto. No creo que te necesite más de dos o tres años. Entonces podrás volver con tu familia.
— Están muy lejos.
— Si no lo haces, te aseguro que tus posibilidades de volver a verlos son nulas.
— ¿No tengo elección?
— Si quieres recuperar tu libertad, honrar a tu padre, volver a tu hogar y recuperar tu dignidad, es el único camino. Pero debes tomar la decisión ahora.

Siguió rascándose la barbilla, pero ahora mirando al infinito. Se había serenado, viendo las cosas de otra manera, sin que la cólera nublara su juicio.

Sea.

A cambio, espero lealtad hasta la muerte. Si intentas rebelarte o traicionarme, ningún guerrero, ejército o dios te podrá proteger de mi crueldad.

Si conocías a mi padre, ya deberías saber que el honor es fundamental en nuestra familia, en nuestra cultura, en nuestro pueblo.

Que así sea. — sentenció, acercándole la mano para que la besara. El germano vaciló durante unos segundos, tras los cuales, besó el anillo con desgana y los ojos cerrados. — Sacadlo de ahí. Aseadlo, devolvedle sus pertenencias y que se quede en mi tienda. — ordenó a sus hombres.

El Tribuno Fabio... ¿lo aprueba? — Se atrevió a cuestionar Luphias.

¿Por quién me tomas? — le recriminó, molesto.

¿Lo encadenamos, domine? — preguntó Macro para olvidar el asunto.

No hace falta, aunque no le dejéis arma alguna de momento. — previno Valerio al tiempo que se alejaba lentamente. — Otra cosa, Luphias.

Centurión...

¿Te acuerdas del nombre del signifer de nuestra centuria en la batalla pasada?

Lo tengo apuntado...

Lucio Balbo... Mantenlo en nuestra cohorte e inclúyelo, si lo desea, entre mis favoritos. Además, proponlo como nuevo integrante de nuestra comunidad.

No será fácil, Valerio. — bajó la voz. — Es joven y hay gente más antigua que desea esa posición.

No me importa. Hazlo.

Domine... — no tentó a la suerte por segunda vez. Saludó militarmente y se puso en marcha.

Cumpliendo su palabra de honor podía conseguir una valiosa alianza o una muerte inesperada por su nuevo esclavo. Confiaba en que el Dios supremo dirimiera su suerte. Aun así, algo en su interior le decía que había sido una sabia decisión y que se sintiera seguro, que nada ocurriría.

Así pues dirigió sus pasos al campamento. Había un ejército que organizar, unos puestos de vigilancia que reordenar y una vuelta al campamento que llevar a cabo...

Hacía seis días que al campamento de *Vetera* había llegado la noticia de la victoria. Los legionarios de la *Legio XV Primigenia* y los hombres que no participaron de la *Legio V Alaudae* mostraron vivamente su alegría. Más aún cuando comenzaron a llegar los primeros soldados del frente. La *Legio XV Primigenia* no había conseguido una gran victoria. Por el contrario, muchas bandas de germanos, en especial los caucos, se habían escurrido entre los dedos de la *Legio*, ganando, los romanos, sólo en algunas escaramuzas.

Eso les convirtió en héroes y encolerizó al Legado. Consiguió, no obstante, de manera inteligente, minimizar su pifia y la destrucción de los caucos de cara al público. Por lo menos, de momento. Los combates proseguían.

Soportó el desfile de las primeras tropas que habían regresado, la llegada de los prisioneros e incluso los mensajes que le fueron enviados por sus oficiales. Cuan-

do el contingente militar hubo pasado, se retiró a su alojamiento tremendamente enfurecido, seguido de Calosio Domitio, que había llegado a la cabeza de los primeros hombres, y Asper, un liberto del Legado, astuto y ambicioso, mano derecha y cerebro pensante de su amo.

— ¡No puede ser! ¡Por qué diablos esos germanos no me han hecho caso! — gritaba fuera de sí el Legado, una vez en el interior de sus dependencias.
— Cálmese, *domine*. — dijo Calosio Domitio de forma tranquila y escanciándole una copa de vino una vez que éste puso sus manos sobre una mesa con actitud abatida.
— ¿Cómo quieres que me calme? Un plan perfectamente planeado y ejecutado desde hace meses se ha ido al traste por la negligencia de unos bárbaros. Podía haberlos aplastado, pero preferí usarlos. ¡Todos hubiéramos ganado!
— *Domine*, lo hecho, hecho está; hay que asumir la realidad y buscar una solución. — razonó Asper desde el otro lado de la habitación, un poco más retirado y observando la situación con la mirada de halcón que le caracterizaba. Hablaba antes de que su amo se refiriera a él. Se trataba de un atrevimiento que se le permitía debido a su inteligencia.
— En eso tienes razón. Lo primero que debemos saber es si Fabio sabe algo. Domitio, tú has estado allí con él, ¿crees que sabe algo?
— No puedo estar totalmente seguro, pero ni yo he visto nada que pueda hacerme pensar que sabe algo, ni mis espías me han informado de nada sospechoso.
— ¿Reuniones nocturnas? ¿Comentarios entre la tropa?
— Una sola reunión para temas logísticos entre Fabio y Quinctilio. Lo normal. Entre la tropa corren rumores sobre la tardanza de los efectivos desde el campamento base. Pero nada concluyente, ni fuera de lo normal, además de que nadie se atreve a señalar con el dedo al culpable del hecho.
— Pero...
— Pero Fabio no es estúpido. Se imaginará que ha sido una treta no haberle mandado más que unos insignificantes contingentes de soldados. No obstante, dudo que haya llegado más allá. Además, he interceptado cuatro de las siete medallas que diste. Supongo que las otras dos escaparon con sus dueños. No están entre el botín.
— Comprendo...
— Mis confidentes tampoco han oído nada fuera de lo normal. — prosiguió Calosio Domitio.
— Define fuera de lo normal.